

En este sentido, lo importante para la estética barroca es parecer, crear una ilusión a partir de un signo, signo que tiene una capacidad infinita de transmitir mensajes. En Europa, estos mensajes envuelven ciertas unidades de significado (marcadas por el cristianismo en especial), en América serán expresiones de un movimiento, contenido en la representación física, cuyo significado difiere de aquellos atribuidos a las imágenes barrocas europeas.

En Europa, la retórica barroca tiende a estructurarse como niveladora, buscando integrar elementos contradictorios. En América la arquitectura barroca no lo es obligatoriamente porque se refiere a inúmeros universos de significaciones. Al disociar forma y contenido, el barroco nos permite convivir en medio de formas, dibujos y figuras de las que yo desconozco el sentido. La adecuación del objeto nuevo es construida por medio de la forma, forma abierta capaz de incorporar otros significados que van más allá de aquellos establecidos por un universo cristianizado.

El triunfo de la apariencia: la alegoría barroca

La iglesia de San Francisco de Acatepec, una creación artística organizada por el pensamiento cristiano, expresa, con sus azulejos, un universo indígena fragmentado, que evoca lo profano por el uso de los colores. Una versatilidad cromática que termina por introducir un espectáculo, una construcción formal. En el arte poblano el uso del azulejo está muy bien elaborado: compone un conjunto de formas y colores (violeta puntillado de pequeños azulejos azules, verdes y blancos) que hace posible una resonancia, una inclusión en otro universo también determinado por perfiles geométricos, por formas que invaden el espacio religioso, guardando, aunque de manera fragmentaria, significaciones indígenas ancestrales.

En este sentido, el triunfo de la apariencia permite a los interlocutores, indígenas o europeos, percibir los objetos, dándoles significaciones diversas. Este procedimiento es complejo, puesto que en la perspectiva de la población europea que vivía en América, el barroco representa, de hecho, un encuentro entre culturas. O sea, los objetos no son percibidos separadamente sino que remiten al interlocutor a unidades de percepción variables.

Robert Ricard analiza en detalle la importancia de la apariencia, principalmente de la pompa para la realización de la obra de catequesis. Y así, recobra el Códice Franciscano donde se lee: «Es muy necesario el ornato y aparato de las iglesias para levantarles el espíritu y moverlos a las cosas de Dios, porque su natural es tibio y olvidadizo de las cosas interiores, ha menester ser ayudado con la apariencia exterior». Ricard se refiere a la relación entre las formas rituales indígenas y cristianas a través del espectáculo. Dice él:

...el mejor medio para atraer y retener a los indios en la iglesia, y hacerles gustosa una práctica religiosa regular, era la celebración del culto divino con el mayor esplen-

dor posible... Por otra parte, en la época anterior a la conquista las fiestas y ceremonias eran continuas, brillantísimas y largas: había, por ello mismo, necesidad de reemplazarlas por algo análogo. Dos razones movían a hacerlo: primera, que el cotejo de la antigua religión con la nueva no fuera desfavorable a ésta, sino que en la nueva hallaran también fuentes de regocijo y bellos espectáculos, y segunda que no sucediera que los indios, privados de la antigua pompa religiosa, sin nada que la sustituyera, se vieran tentados a resucitar en secreto sus antiguas fiestas, o al menos, entregarse a una ociosidad nociva que viniera a parar en todo género de vicios. Hubo entonces el empeño de entretener y recrear a los neoconvertos con esplendorosos oficios, con procesiones y fiestas de todas clases, procurando celebrar todo esto con la mayor solemnidad posible¹⁶.

Evidentemente, la aproximación de ambos universos se realiza a través de una belleza simbólica; hay una aparente unidad cromática que permite una percepción de conjunto, impidiendo la separación de cada uno de los elementos. En este conjunto, un elemento profano puede ser integrado al universo sacro, es decir, se armonizan los elementos que en su origen caracterizaban paradojas. Esta armonización anula la equivalencia entre figuras, la plenitud, el equilibrio típicos del arte renacentista.

Este sistema en que una cosa pasa a significar otra, revela que la alegoría barroca instauró la muerte de un significado. Ella determinó una cierta distancia entre la naturaleza y su sentido, permitiendo que el ingenio del artista barroco transformase todo en un universo aparentemente unívoco. Al concentrar el procedimiento creativo en la forma, el barroco aísla los elementos conocidos de su antiguo contexto. O sea, transformado en fragmento, el objeto pierde su significado original. Las formas serpentinales, utilizadas comúnmente en las esculturas barrocas, evocan otra serie de imágenes serpentinales esculpidas por los aztecas, formas estas en cuyas superficies «se advierte la evidencia de un poder que busca su realización».

Concluyendo

En este sentido, la alegoría barroca representa la muerte de un significado. Tonantzin deja de existir como diosa madre, como nos muestra Lafaye, para integrarse en la imagen de la Virgen de Guadalupe. La figura de la diosa indígena con su manto azul pasa a representar la figura de la Virgen, vinculándose a un universo cristianizado, unívoco, bíblico.

Puede parecer lógico relacionar la destrucción de los acervos culturales indígenas vinculándolos a la destrucción y a la propia alegoría de la muerte, tan presente en el barroco. La alegoría de la muerte va a tener importancia en la medida en que los colonizadores y los indígenas son llamados a construir con fragmentos de los antiguos acervos culturales indígenas. La América construida, también era ruina. Ruina de acervos culturales, recompuestos escenográficamente dejando transparentar los dramas indígenas y europeo.

Decididamente, ni el uno ni el otro podían rescatar todas las significaciones de su universo cultural. América se parecía en todo a Europa, pero no era Europa no obs-

¹⁶ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, FCE, 1986, p. 272.

tante las apariencias. La muerte, concebida dentro del espíritu del cristianismo, se volvió una estampa, una imagen cristalizada, petrificada, que establecía una solemne manifestación de fuerza. La estética barroca se repitió por toda América, fragmentando y cristalizando esta estética del aparente mestizaje. Como en una pintura, donde el pigmento todo lo recubre, en América la historia colonial creó nuevos revestimientos aptos para cubrir sucesivas veces el universo de los significantes europeos.

En este enfrentamiento, donde la muerte parece expresarse en los fragmentos desparramados de la cultura indígena, sobrevive como ruina¹⁷ un saber oculto, símbolos inertes que petrifican las figuras cristianas. La historia se «funde con los escenarios», se vuelve alegoría (norma descrita en detalle por Walter Benjamin). Y, así, descubrimos Américas barrocas, que de diversas maneras disimulan los contrastes.

¹⁷ Walter Benjamin, *Origen do Drama Barroco Alemão, São Paulo, Ed. Brasiliense, 1984, p. 199.*

Janice Theodoro da Silva



XIV FESTIVAL DE CINE IBEROAMERICANO



HUELVA-ESPAÑA

Del 25 de noviembre al 3 de diciembre 1988

Diseño original de J. GENOVESE